

Guíame hacia el olvido

Me encuentro aquí, en esta habitación desordenada donde solo el reloj marca el compás. El tic-tac se clava en mi cabeza como un ruido de fondo, como una aguja constante que me recuerda que el tiempo tiene nombre, que sigue su corriente, aunque uno ya no tenga a dónde ir. Sostengo una fotografía entre mis dedos arrugados por el paso del tiempo. Es una imagen borrosa, gastada en los bordes, de una mujer sonriente bajo un atardecer. A sus pies, arena blanca. En el horizonte, el mar. Su rostro irradia una calidez que, por instantes, logra atravesar la cárcel de mis recuerdos. Bajo su ojo izquierdo, un lunar. Mi cabeza un huracán de preguntas sin respuesta: ¿la besaron justo ahí en su vida pasada? ¿fui yo quien la besó? ¿Quién la amó? Su nombre... su nombre se escapa de mi mente como un suspiro de viento en una noche lluviosa. Está en la punta de la lengua, pero siempre se queda ahí, en la punta.

Me detengo frente a la ventana. Afuera llueve con ganas, con ruido y con nostalgia. Las gotas golpean el cristal con insistencia, como si supieran que necesito saber que existe algo más que yo en esta habitación, en esta soledad que sólo marca mi final. ¿Será que si salgo, la lluvia me abrazará como ella solía hacerlo?

Me siento pesado, no por el cuerpo, sino por dentro. Miro mis manos huesudas, machacadas por años de trabajo, sentimientos y esfuerzo. Me acerco al espejo que cuelga torcido en la pared del pasillo. En el reflejo, mis ojos apagados buscan respuestas, rastros de la persona que fui, de lo que fuimos, pero ya no me reconozco en él, sólo veo un saco de polvo que fue olvidado por los que tanto dijeron amarlo.

Regreso al sillón, el de siempre, aquel que rechina apenas uno se sienta, como si también se quejara del peso de los años. A mi alrededor, el silencio y la soledad se han instalado como muebles viejos: no estorban, pero están ahí, constantes. La casa guarda ecos de risas que ya no suenan, pasos que ya no se escuchan. A veces, me gustaría poder volver al pasado, poder quejarme del ruido, del dolor de cabeza y de la música alta, tan alta que no me dejaba trabajar, porque ahora sólo quedan los recuerdos y, a veces, ni eso. El teléfono suena de pronto, sacudiendo el silencio. Una voz familiar, preocupada, pregunta cómo estoy. Miento. Digo que bien. Siempre digo que bien, aunque por dentro me desmorono como un edificio abandonado.

Los días pasan con una lentitud dolorosa, y las noches se alargan como un mapa en el que te pierdes constantemente. Me siento de nuevo un niño: impaciente porque llegue algo que no debería querer que llegue. Cada mañana despierto más liviano de recuerdos, como si la noche me los robara uno por uno. A veces me sorprende repitiendo su nombre en voz baja, probando distintas sílabas, buscándolo entre los restos de memoria.

No sé cómo ni por qué, pero esta tarde mis pies me guían hasta el balcón. Camino despacio, arrastrando las zapatillas de andar por casa sobre el piso frío. El aire huele a tierra mojada y algo en mí se remueve. Me detengo frente a la baranda y miro al horizonte. La playa es hermosa como lo fue ella, la chica de la fotografía, mi único recuerdo, porque el amor cuando es verdadero, nunca muere. Las luces lejanas parpadean como si tuvieran algo que decirme o alomejor, sólo quieren hablar con un anciano olvidadizo. Sin embargo, hoy hay algo más, un sentimiento que ya no puedo reprimir, un dolor que sale por mis poros como la espuma del mar. Abrazo la fotografía contra el pecho, como si de ese gesto dependiera que ella volviera a mí.

Y entonces la siento. No en carne y hueso, sino como una presencia suave, apenas un susurro. El viento juega con mi cabello blanco, y en su roce creo oír su voz. Me habla como solía hacerlo, con dulzura, con esa ternura que calmaba todas mis tormentas. Mis ojos se llenan de lágrimas que no necesitan permiso para salir. Dejo que el viento se lleve mis últimos recuerdos, como hojas caídas en otoño, como si yo fuera la última en caer.

En ese momento lo sé. No necesito recordar su nombre para sentir que fue real. Que fuimos reales. Que el amor no se mide en recuerdos, sino en justo lo contrario, lo que notas que te falta aunque no recuerdes por qué antes estabas completo y ahora sólo eres unos restos.

Llévame con ella, pienso. No con desesperación, sino con la misma paz con la que nace un bebé sin saber de la maldad del mundo. Porque si hay un lugar donde su sonrisa aún vive, donde sus abrazos todavía calientan, quiero estar ahí. Quiero estar con ella.

El reloj sigue su marcha. Pero esta vez, no duele tanto. Esta vez, ya no hay nadie que pueda escucharlo.

Pseudónimo: Alter ego (el otro yo)